

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



**¡ MADRE
MÍA !**

por
**BELLE
BENNETT**
50 Cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

.....

¡MADRE MIA!

Sentimental producción, interpretada por la
genial actriz

BELLE BENNETT

secundada por los conocidos artistas

Víctor Mac Laglen, Ted Mac Namara, Ethel
Clayton, Constance Howard,
el niño Philippe de Lacy, etc.

or

WILLIAM FOX

SUPERPRODUCCION GIGANTE

Distribulda por

HISPANO FOXFILMS, S. A.

Valencia, 280 - BARCELONA

¡MADRE MÍA!

Argumento de la película

Era en Irlanda, el año 1899. El sol tendía el manto de oro de sus rayos sobre Bellymoney, aldea de pescadores.

Entre las humildes gentes del pueblo, se encontraba la bien unida familia Mc Hugh, compuesta de un matrimonio joven y de un chico de unos ocho años, niño prometedor y estudioso.

Todas las noches los pescadores se dirigían al muelle y embarcaban en sus lanchas para arrancar al duro mar el diario sustento. A veces tenían que luchar con la furia del temporal, imponente en las costas del Norte.

Antes estos peligros constantes, el espíritu de devoción hacía rezar a los buenos pobladores, a los que quedaban en casa levan-

tando los ojos a Dios para que alejase toda adversidad de los siervos que estaban en el mar.

Un anochecer, como de costumbre, el buen Miguel Mc Hugh se despidió de su mujer para embarcar en su lancha. La abrazó estrechamente, sintiéndose feliz junto a Elena, una de las compañeras más abnegadas y fieles que pudieran encontrarse.

Iba a marchar cuando un niño surgió entre las sombras. Era el pequeño Brian, el hijo de los Hugh.

—¡Ibas a olvidarte de darme un beso de adiós, papá querido?

—¡Hijito!

Miguel lo estrechó cariñosamente entre sus brazos. Luego se dirigió hacia el muelle. Aguardaban ya las barcas, frágiles armazones de madera en lucha siempre con el elemento líquido.

Pasaron las horas... El tiempo estaba cargado y gris... Las sombras se hacían cada momento más espesas... Las aguas rugían como si llevaran ya una tempestad en sus corrientes submarinas.

Entre los habitantes del pueblo estaba Jen-se, conocido por el sobrenombre de "Abuelo". Era un viejecito que había presenciado

durante su vida innumerables combates con el mar embravecido y que no le temía a la muerte.

Estaba aquella noche ante la puerta de su casa cuando vió que paseaban una pareja de guardias. El abuelo, irlandés de pura cepa, odiaba a los representantes de la autoridad británica, y así al verles pasar, cogió una piedra y quiso tirársela a la cabeza de los tranquilos polizontes.

Elena detuvo su mano implacable.

—¿Te has vuelto loco?

—¡Bien valdría un año de cárcel, Elena! — dijo el vejete envolviendo en una mirada de odio a los policías—. ¿Me dejas tirar una?

—No, no. Anda, lo que debes hacer es meterte en casa que el tiempo amenaza tormenta.

Pocos momentos después comenzó un violento aluvión sobre la pequeña aldea. Y el cercano mar rugía, levantando cascadas de espuma que se rompían en furioso estallido contra los acantilados.

Todos corrieron a buscar refugio en el interior de sus casas. El agua bajaba como un torrente barriéndolo todo.

El pequeño Brian que en compañía de otros niños estaba leyendo la vida de Lincoln, el patriota americano que estudiaba a la luz ma-

cilenta de su hogar, se levantó también corriendo hacia su casita.

Los rayos rasgaban la negra obscuridad con sus líneas quebradas.

Elena fué a su hogar. Desde la ventana contempló al chiquillo que estaba ahora cerca del alumbre y se estremeció. El agua que resbalaba por los cristales, junto a su rostro incrustado en ellos, producía el efecto de lágrimas.

Acercóse al niño y le abrazó tiernamente. Elena sentía un doloroso temor, siempre repetido, ante aquellas horas crueles de la Naturaleza. ¡Ay, aquel mar que parecía un monstruo embravecido! ¿Les volvería vivo a Miguel, a todos los marinos que buscaban en su fondo el seguro sustento de cada día?

El nene, sereno y tranquilo, con un reposo muy superior a sus cortos años, dijo en los brazos de su madre:

—Es una tormenta terrible, pero papá no tiene miedo, ¿verdad, madre mía?

—Claro que no — contestó Elena esforzándose en calmar a sí misma su inquieto corazón—. Se te pasará la hora de irte a dormir, hijo... y tu padre estará en casa de un momento a otro.

Mientras ellos hablaban, un cercano faro

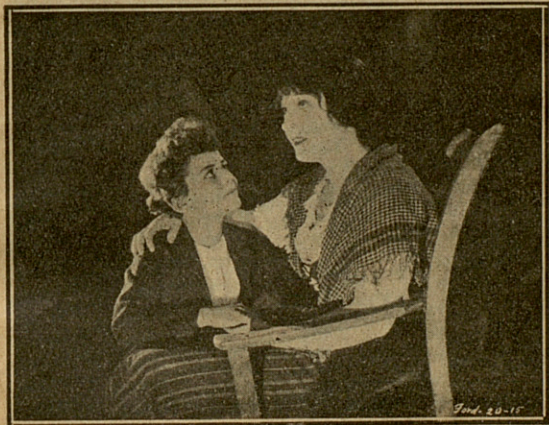
proyectaba su abanico de luz sobre el mar. ¿A qué pescador perdido le estarían indicando la entrada del puerto? ¡Si fuese Miguel!



Elena sentía un doloroso temor...

Numerosos habitantes habían ido provistos de impermeables y linternas al muelle procurando descubrir en la sima lóbrega del mar a una perdida embarcación. Sabían que una

lancha se defendía bravamente contra las olas furiosas. Era una embarcación que se había retrasado, tal vez guiada por la ambición de su dueño de no querer abandonar la segura pesca.



—...tu padre estará en casa de un momento a otro.

¡Horas de incertidumbre, horas de pena! Elena tenía el corazón estrecho. Y Miguel, ¿por qué no había vuelto todavía? Algo le decía que su marido, hombre joven, volvería sano y salvo a su casa. El niño se había dor-

mido ya. También estaba convencido del pronto retorno del fuerte marinero.

Estaba muy adelantada la noche y la impaciencia comenzaba ya a hurgar en el alma de Elena, cuando llegaron a su cabaña el sacerdote Mc Shane y dos policías. Todos venían calados hasta los huesos y tenían en el rostro la expresión de una dolorosa preocupación.

Elena, extrañada de ver allí al pastor de almas, le preguntó con curiosidad:

—¿Está usted a mal con la vida, Padre Mc Shane, que se atreve a salir en una noche como ésta?

El buen sacerdote la contempló tristemente y respondió:

—No te preocupes por mí, Elena Mc Hugh. ¡Tú eres la que necesitas el consuelo de Dios esta noche!

—¡Oh! ¿Qué quiere decir? ¡Dios mío!

El cura bajó la cabeza, hizo un gesto de doloroso desaliento. Los guardias la miraban también con los ojos apagados y melancólicos. ¡Pobre mujer!

Y Elena comprendió.

—¡Miguel! ¡Miguel! — gimió con desconsuelo.

—Consuélese usted. ¡Acatemos la voluntad de Dios!

—¡Mi pobre Miguel!

Pareció escuchar Elena voces en la calle, rumor de una caravana de gente.



—*Tú eres la que necesitas el consuelo de Dios esta noche.*

Abrió la ventana y entre las sombras de la noche, agujereadas por las luces de las antorchas, vió pasar una comitiva fúnebre. Un numeroso grupo de hombres que transportaban el cuerpo inmóvil de un hombre: Miguel.

—¡Miguel! ¡Mi marido!

Las lágrimas corrían rápidas rostro abajo. Una inmensa desesperación invadía el alma de la pobre mujer que, en plena juventud, iba a conocer las amarguras de la viudez.

En vano el buen cura quiso consolarla. Ella salió, loca de dolor, para ver por última vez el rostro amado del que nunca volvería a sonreír.

Había sido Miguel la única víctima de aquella tempestad. Los demás marineros, no tan audaces, pudieron llegar al puerto en momento seguro. Sólo él no consiguió arribar a la meta de salvación más que como un pobre cadáver.

Horas más tarde en casa de Miguel se había congregado el pueblo entero rezando y velando el cuerpo del que fué animoso camarada.

El pobrecito niño lloraba en un rincón la pérdida del ser que tanto le quería. Elena se retorció en el dolor cruel y bárbaro del destino que flajela.

Las mujeres rezaban, todas juntas, tocadas las cabezas con sus negros mantos, y los hombres, fumando sus pipas contemplaban en silencio el féretro que guardaba los restos del inolvidable Miguel.

El "Abuelo" paseó una mirada vaga por la

conurrencia, vió los rostros pálidos y doloridos de todos, y mordiendo su vieja pipa dijo en voz baja a una mujer que tenía al lado:

—Cuando yo me muera, si es que muero, quiero que haya alegría en mi velatorio.

¡Caramba! ¡Le entristecía tanto dolor! Luego siguió fumando lentamente. Pobre muchacho — pensó—. ¿Por qué el mar como una coqueta se enamora siempre de los hombres jóvenes, de los hombres robustos a quienes la vida embriagadora rodea?

Al día siguiente enterraron a Miguel. Volvió a surgir el sol, tan indiferente para todo, como si nada hubiese ocurrido en el término breve de unas pocas horas.

De la tragedia pasada quedaba únicamente una pobre mujer viuda y un niño, a solas los dos ante el inmenso fantasma de la vida. ¿Lograban dominarlo?

Miguel había sido el único sostén de su vida. Lo que ganaban sus brazos fuertes era el alimento de ellos, pobres seres desvalidos, y ahora sin su ayuda generosa y dulce, ¿qué iban a hacer?

Y la vida se presentaba ante Elena como un inmenso interrogante.

*
**

Elena tardó en decidirse, pero al fin, con su hijo, llevando ambos el ensueño en sus ojos, tomó la ruta de América.

Guardando en un pequeño lío que Elena llevaba lo más indispensable y digno de recuerdo, emprendieron la marcha por los campos de la verde tierra hacia el lejano puerto de mar donde estaban los buques que iban a la otra parte del mundo.

Un día durante el camino el pequeño Brian quedó algo retrasado de su madre que avanzaba con el deseo de llegar lo antes posible a destino.

Brian vió cerca del camino una improvisada cabaña. Del interior de un canasto surgió un hombrechito menudo, un verdadero habitante de Liliput.

—¿No me conoces, niño? — dijo el aparecido—. ¡Soy el famoso Enano de Munster!

Brian sonrió ante aquella insignificancia que no sería mayor de estatura que él, pero que tenía los rasgos pronunciados del hombre ya maduro.

Estuvieron hablando unos momentos hasta

que apareció Elena que, disgustada por el retraso de su hijo, venía a rogarle no se entretuviera demasiado. Contempló también con admiración al enano y hubo de sorprenderse todavía más al ver aparecer un hombre muy alto, un verdadero gigantón.

—Pero, ¿quién es usted? — preguntó visiblemente extrañada.

—Su servidor, señora — respondió el arrogante sujeto que frisaría en unos treinta años—. Terencio O'Dowd, célebre gigante de Kilkenny y el hombre más fuerte de Irlanda.

Y sonrió mientras tosía ligeramente, una costumbre innata en él.

Elena y su hijo contemplaron admirados la desigual pareja que formaban el gigante y el enano. Se trataba de una "troupe" de faranduleros que se ganaban la vida de pueblo en pueblo haciendo interesantes exhibiciones.

—Soy el hombre de más fuerza del mundo — dijo Terencio—. ¡Fíjese usted, señora!

Y cogiendo una enorme barra de hierro en cuyos extremos había dos grandes y formidables bolas la fué levantando con lentitud, amaratando su enorme brazo de gladiador.

—Eh, ¿qué le parece? — dijo después de

dejar el aparatito en el suelo—. ¿Soy o no hombre de fuerza?

—¡Ya lo creo! — contestó Elena, admirada.

Otro sujeto apareció ante ellos. Saltó agilmente de un árbol y sonrió a la bella viuda. Era un hombre de estatura normal y llevaba en las manos un arpa.

—Otro compañero mío. El renombrado arpista de Wexford. ¡Es una cosa rara, pero tiene música en el alma! — dijo Terencio.

El aludido pulió el arpa haciéndola emitir algunos sonidos no precisamente muy armónicos.

Y mientras los dos hombres hablaban con la viuda y el niño para quienes aquel paro significaba tal vez un generoso aliciente, el enanillo cogió las formidables pesas que antes habían hecho sudar al gigante y las levantó con la misma facilidad que si fueran de papel.

Naturalmente, las pesas eran vacías, y las levantaba una criatura.

Elena se dió cuenta del truco y se echaron a reir. ¡Esos faranduleros! Viendo descubierto el engaño, Terencio, furioso, cogió al liliptiense y lo hundió en el interior del canasto.

—¡A no moverse, bruto!

Y el hombrecillo que tendría unos cincuenta años tuvo que obedecer como un chicuelo.

Terencio le preguntó después a Elena:

—Usted es viuda, ¿verdad, señora?

—Sí, señor. Perdí mi marido en el mar. Era pescador, una noche de tempestad encontró la muerte... Y ahora vamos camino de Queens-town donde nos embarcaremos para América. Allí podré obtener lo mejor para mi Brian.

Y acarició dulcemente al chiquillo.

El gigante pareció enternecerse ante la viuda y le dijo señalando un cochecito que estaba cerca:

—Pues a Queenstown nos dirigimos nosotros y con orgullo nos ofrecemos a llevarles.

Una sonrisa iluminó a Elena. ¡Estaba tan cansada y especialmente su hijito daba tantas muestras de fatiga!

—Muchas gracias. Acepto. Está tan lejos el camino.

—Pues, a marchar pronto.

Subieron al cochecito. Detrás, a lomo de un borrico, el pobre enano metido en su canasto fumaba un mal cigarro. ¡Lo incómodo que se estaba allí!

Durante el camino el gigantón y la viuda se hicieron grandes amigos. También el pe-

queño Brian le resultó simpático a Terencio y a su compañero el arpista.

Unas horas después llegaron a Queenstown. Terencio bajó del coche y dijo tristemente a Elena:

—Aquí tendré que decirle adiós, Elena Mc Hugh...

La viuda bajó del carruaje juntamente con el niño.

—Muchas gracias, amigo. Nunca podré olvidar lo bueno que ha sido usted para nosotros.

—Yo tampoco me olvidaré de esta entrevista — dijo el gigante—. ¡Mi corazón irá siempre con usted!

Y tosió de nuevo, como si pretendiese ocultar su emoción.

Estrechó suavemente la mano de la viuda; Ah, diablo, pues no le había conmovido la compañía de aquella criatura!

Terencio había sido soltero hasta entonces, y tenía unas ganas locas de amar a una mujer. ¡Pero buenos estaban los tiempos para amar!

Después abrazó al niño, quien le dijo admirándose de la robustez del gigante:

—¡Espero que en América habrá gigantes como usted, grandote!

—¡Gigantes como yo, querido Brian, no los hay en ninguna parte!

Y señaló sus formidables biceps que le permitían levantar pesos tan poderosos... como los que el enano hacía bailar entre sus miembros débiles.

Madre e hijo se alejaron. El terrible atleta quedó con los ojos inmóviles contemplando a aquella mujer que había cautivado tan de repente su alma. Hasta su poquito de emoción parecía conmover el espíritu fuerte de ese gigante de la farándula.

El arpista, sonriente, le dijo, adivinando su turbación:

—¡A fe! ¡Mientras más altos son, más duro caen! ¡Tú estás enamorado!

—¿Yo? ¡No digas locuras!

Y volvió a ocupar el pescante del carro mientras su compañero reía y el enano seguía imperturbable fumando su cigarrillo apestoso.

Unas horas después, Elena y su hijito Brian embarcaban hacia la lejana América donde esperaban hallar fuentes de vida.

**

¡América! ¡Ay de los sueños que habían acariciado Elena Mc Hugh y su hijo!

La realidad no tardó en imponerse en su brutal energía. Elena y Brian comenzaron su triste calvario de buscar ocupación. Fueron inútiles sus gestiones. E iban pasando los días y las semanas. En las agencias de colocación los dolorosos letreros de "No hay vacantes" arañaban el alma de la pobre viuda.

Además iban terminándose los escasos ahorros que consiguieron llevarse de su pueblecito irlandés, y la posibilidad de la miseria estrechaba a la pobre madre, más que por ella por su hijo. ¡Aquel niño de sus entrañas al que quería con verdadera locura! ¡Ella que deseaba darle instrucción, conocimientos superiores, hacer de él un hombre culto! ¿Qué iba a pasar, Dios mío?

Vivían en una modesta habitación y hasta de allí iban a echarles si no conseguía dinero.

El niño Brian comprendía también esa pena. Muchas tardes comentaba con su buena madre en el modesto pisito donde vivían:

—¿Recuerdas las costumbres amistosas de Bellymoney, madre mía? ¡Pues aquí ni una palabra de bondad!

Y el recuerdo lejano de la patria, de la verde Irlanda ponía en sus corazones un temblor anheloso.

¡Es tan doloroso vivir fuera de la patria!

—Niño mío, Brian querido. No nos desanimemos — le decía la madre—. Tengamos fe.

Y un buen día llegaron a la modesta habitación de Elena dos hombres, dos compatriotas.



Elena y Brian comenzaron su triste calvario.

Uno de ellos era Terencio, el otro Wexford, el arpista.

Elena y el niño les acogieron con intensa emoción.

—Pero, ¿quién iba a pensar en ustedes? — dijo Elena.

—El negocio del Gigante se hundió en Irlanda. Eso es lo que me ha traído a esta tierra — dijo Terencio riendo y tosiendo a la vez.

—¡Qué alegría verles a ustedes aquí!

—En el hotel de emigrantes nos dieron su dirección y aquí sin falta. ¿Cómo íbamos a olvidarnos de una buena amiga como usted?

El arpista y el niño quedaron hablando en uno de los corredores mientras Terencio se sentaba junto a Elena y reía bondadosamente contemplando a la mujer que había cautivado su corazón.

Se fijó instantáneamente en una pequeña maceta en que crecía la dulce flor irlandesa del trébol.

La cogió y la aspiró con fruición.

—¡El bendito trébol! — dijo—. Hay muchas leguas de aguas negras entre nosotros y el lugar donde creció.

—Es la flor que nos recuerda el hogar...

—¡Bendito sea! Ay, verdad es que los irlandeses tienen el país más delicioso del mundo, pero han de estar siempre abandonándolo — comentó el gigante.

Y luego mirando tiernamente a la viuda añadió, como si éste fuera en realidad el primordial de su viaje:

—Yo me marearía otra vez, señora, por ver su dulce faz.

Elena se echó a reír y bajo los ojos...

—Estoy ahora en un circo, Elena. Y usted, ¿ha encontrado trabajo?

—No...

—Gracias sean dadas — exclamó el gigante con su sonrisa infantil—. La media mujer se rompió una pierna anoche y creo que usted podrá sustituirla.

—Pero, ¿quiere decirme qué es una media mujer? — preguntó ella, extrañada.

—Pues, una media mujer, es... la que le faltan las piernas... la que tiene únicamente busto... así, mire.

Y le señaló un pequeño espejo que reflejaba únicamente el busto de Elena.

—Pero no se preocupe — dijo riendo—. Hay muchas maneras de hacer desaparecer medio cuerpo. ¿Acepta ir a trabajar al circo?

Vaciló ella unos momentos y luego exclamó:

—Tengo confianza en usted, Terencio... pero... que mi hijo no lo sepa...

—¡Ni una palabra! ¡Confíe usted en mí!

—Quiero ganar dinero para darle una bue-

na instrucción y enviarle a un colegio donde pueda hacerse hombre...

Elena era capaz de realizar cualquier profesión honrada por su hijo, para que Brian pudiera recibir la cultura que abre las puertas de la vida, en vez de reducirse a ser siempre carne de explotación y de miseria.

El gigante se despidió, conmovido, de la viuda... ¡Con lo que le gustaba esa mujer! ¡Trabajar en el mismo circo! ¡Qué alegría! ¡Estaba seguro de que el director no pondría trabas en su debut!

Y aquella tarde, Elena, sin que su hijo se enterara, se dirigió para trabajar en el circo Barman, lugar de esparcimiento y museo de fenómenos naturales.

Había allí gigantes y liliputienses; mujeres con barbas y hombres medio salvajes, extraños bichos de toda una humanidad anormal.

Elena había conseguido ocupar la plaza de la media-mujer. Debía exhibirse en un teatrillo y el truco era de lo más fácil e inocente. De la cintura para arriba llevaba un traje plateado; de la cintura para abajo una falda negra que se confundía con las cortinas oscuras del escenario. Una mesa colocada ante ella acababa de dar la sensación de que aque-

lla señora tenía únicamente medio cuerpo... y que en su vida tendría que preocuparse de pagar al zapatero.

Terencio corrió a ver si Elena estaba ya lista. El gigante iba con un monumental turbante sobre la cabeza, pantalones bombachos... y desnudo de medio cuerpo arriba mostrando en la piel una colección de tatuadas culebras y otros bichos que convertían su pecho y espalda en un pequeño museo de curiosidades. ¡A esto había tenido que descender el pobre para ganarse el yantar!

—¿Está usted animada, Elena? — le preguntó descorriendo ligeramente la cortinilla.

—Mucho... pero... ¿qué es eso? — dijo ella, señalándole sus tatuajes—. ¡Culebras! ¡Lo han arruinado a usted para siempre!

—Es una lástima, ¿verdad? ¡La maldita vida! Ahora no podré regresar a Irlanda. Pero... no hablemos de mí... ¡Oh, ya llega el director!... ¡Animo, Elena, valor!... ¡Está usted muy hermosa!

La viuda volvió a esconderse en el escenario... El director del circo con un numeroso grupo de gente ingenua recorría las distintas barracas donde se exhibían los casos más o menos... fenomenales.

Llegó el gentío ante el escenario donde estaba Elena, y el director ordenó:

—¡Presto!

Inmediatamente se descorrieron las cortinillas y apareció la media mujer. Elena temblaba angustiada... ¿Lograría dar sensación de realidad y de vida? El escenario totalmente oscuro en que no brillaba más que su vestido contribuía al buen éxito de la combinación. Daba el real efecto de que Elena no tenía más que medio cuerpo...

Con las manos a la altura de la cabeza, Elena sonreía a los embobados espectadores... De lejos, Terencio la animaba con la cabeza... ¡Muy bien..., muy bien! Y como ella dejase caer los brazos a lo largo de sus flancos, el gigante le indicó se mantuviera en la primera y artística posición.

—¡Pobre mujer! — comentaban los buenos espectadores.

Y una curiosa, preguntó:

—Fué en un accidente donde perdió las piernas, hija?

Elena contestó afirmativamente...

Después de permanecer todos un largo rato ante la contemplación del fenómeno... se ale-

jaron para ver las otras preciosidades y maravillas del siglo.

Y Elena, desde aquel debut, fué contratada definitivamente en el Circo Barman.

Una inmensa alegría se apoderó de ella al verse con algún dinero. Y su agradecimiento hacia el buen Terencio se multiplicó.

Quince dólares a la semana era entonces un salario de príncipe. Brian podría ir ahora a la Escuela de Miss Van Studdiford para jóvenes.

Era éste un internado donde se educaban los hijos de familias más distinguidas de la ciudad. Y la buena Elena, que deseaba para su hijito la educación de un hombre superior, se dirigió una mañana al elegante instituto en compañía de Brian.

El niño quedó aguardando en la antesala y Elena penetró en el despacho de la directora, una mujer de principios severos que a pesar de su aparente energía ocultaba un buen corazón.

—Perdone, señora — dijo Elena a la maestra —: Vengo a hablarle de mi hijo.

Miss Studdiford la envolvió en una sonrisa de lástima. ¿Qué le ocurriría a aquella pobre mujer, vestida tan sencillamente, produciendo

la impresión casi de una obrera, que venía a visitar un colegio frecuentado por lo más elegante y señorial de la ciudad?

—Deseo que mi hijo ingrese en su escuela.

Una mueca desdeñosa apareció en los labios de la mujer. ¡Pobre madre! Sin duda la ilusión le hacía ver las cosas de modo muy distinto.

—Lo siento, señora; pero su hijo se hallaría aquí fuera de su ambiente... y sería infeliz.

Elena calló, extrañada.

—No quiero ofenderla, pero... este colegio... está... es la costumbre... la tradición... reservado a las familias de alta sociedad... Y yo sentiría que su hijito de usted tuviera que hallarse violento.

La pobre madre bajó entristecida la cabeza.

—Pero, señora — murmuró—. ¡Si para hacer de mi niño un caballero fué por lo que crucé el océano! ¡Por él me gastaría los dedos hasta el hueso trabajando!

—¡Lo siento, pero es mejor para todos!

Se levantó, y Elena, acompañada de la directora, abandonó el despacho. Por primera vez comprendió el dolor de la pobreza. Los pobres, aunque tuviesen dinero para apagar su hambre, formaban un mundo aparte.

Mientras, el pequeño Brian había contem-

plado risueño a un numeroso grupo de niños y niñas, alumnos del colegio, que ensayaban un aristocrático minué.

Los chiquillos, aunque tropezando con la falta de costumbre, movían ya ágilmente sus cuerpecitos al ritmo de aquella hermosa música. Se les educaba ya para comportarse bien en la alta sociedad y adquirirían en sus movimientos la finura de la clase superior.

Brian los miraba complacido... Sabía que dentro de poco entraría en aquel colegio, pues se lo había prometido su madre, y una gran alegría hacía vibrar su corazón infantil.

Al ver acercarse a la madre y a la directora, el niño saludó respetuosamente a éste con una larga inclinación.

—¡Dios la bendiga, señora! — exclamó.

Y lo dijo tan graciosamente, con tanta sinceridad, que la maestra no pudo menos de sonreírse... Miró el rostro del niño y vió en él unas facciones distinguidas, perfectas, que podían muy bien sufrir la comparación y aun la ventaja con las de otros colegiales.

—Es su niño, ¿verdad? — preguntó.

—Sí, es mi pobre hijo — respondió la madre con los ojos llameantes de tristeza.

¡Su pobre niño que no era aceptado en el colegio porque era pobre!

—Es guapito y agradable — dijo la maestra—. Es posible que por él haga una excepción.

—¿Lo admitirá usted, señora?

—Bueno... quiero pensarlo bien... pero estoy bien dispuesta...

Madre e hijo salieron llenos de esperanza...

Y unas horas después, Elena era advertida de que el niño quedaba admitido en el colegio.

¡Con qué alegría palpitó el alma de la madre! La buena impresión que causaba su hijo había enternecido a la severa maestra. Y su niño se codearía con los millonarios y personajes de la ciudad...

Costaba caro el colegio... pero, ¿qué importaba? Ella seguiría trabajando en el circo... en aquella labor anónimo y estúpida... para que su pequeño pudiera ser el día de mañana todo un hombre.

Al fin América parecía sonreírles. Brian era feliz en la escuela... Y pasó un mes... Elena seguía trabajando en el circo.

Un día, la directora Miss Van Studdiford llevó a sus internados a visitar el circo de

Barman. Ella ignoraba que la madre de Brian fuese una de las atracciones del espectáculo.

La maestra con todos los chiquillos, entre los cuales, ajeno a que su madre estuviera cerca, se encontraba el feliz Brian, iba visitando los diversos fenómenos expuestos a la ino-cencia popular.

Un chusco se acercó a la severa directora y le dijo señalando a las varias docenas de alumnos de ambos sexos que acompañaban a la maestra:

—¿Son todos suyos, señora?

—¡Insolente! — rugió la maestra.

Y le volvió la espalda para seguir a uno de los empresarios del circo, que decía, señalando de lejos un pequeño teatrillo donde se exhibía la media mujer.

—¡Ahora admirarán, señores, la gran maravilla del siglo!

Lentamente se dirigieron allí... ¡Cuán ajeno estaba Brian de saber que su buena madre-cita tenía que exhibirse como algo monstruoso!

Wexford, el artista que también estaba empleado en el circo, reconoció a Brian entre los niños, y fué corriendo a enterar al gigantesco Terencio de lo que ocurría. Sabían ellos que Brian ignoraba lo que hacía su madre.

—Está el niño de Elena... Verá a su madre... ¡Hay que evitarlo, por Dios!

Terencio, desesperado, saltó al teatrillo con el arpista, diciendo a Elena lo que sucedía:

—¡Su hijo está aquí... escóndase!

—¡El, Brian!

Y horrorizada se movía en el escenario de un lado a otro, sin saber qué partido tomar, pero procurando que no la viera su hijo.

Vagaba desorientada, sin saber qué hacer. Los niños habían llegado ya ante el escenario.

—¡Escóndase... cúbrase el rostro! — le gritó Terencio que había subido al pequeño escenario.

La directora dió un grito de espanto. Acababa de reconocer en aquella mujer a la madre de Brian. Instintivamente cubrió los ojos de Brian con sus manos y se alejó de allí seguida de todos los pequeñuelos que no comprendían lo que sucedía en el teatrillo.

El empresario estaba furioso. ¿Se habían vuelto todos locos, miserables? Elena se tapaba la cara... Terencio y el arpista cogieron a la mujer llevándola lejos de allí, saltando del escenario para esconderla a la posible curiosidad del pequeño.

Elena pudo huir escondiéndose en su camarín.

Por fortuna el niño no logró ver el rostro de su madre, y la señorita Studdiford no pasó por el sofocón de que la madre de uno de los colegiales hiciera un oficio tan desastroso.

Marchó con los niños, dispuesta a tomar una severa determinación ante aquel engaño. ¡Si ella hubiera sabido la profesión estúpida de Elena!

El empresario estaba enfurecido... ¡Malditos artistas! ¿Se habían vuelto locos? ¡Impedir la representación de aquella manera! Además, les habían comprometido. Elena al huir mostró sus piernas... descubriendo la farsa del fenómeno medio-mujer.

El empresario y su socio, dos hombres brutales, entraron en el camarín de Elena a la que comenzaron a reñir despiadadamente. Pero poco después entraban allí Terencio y el arpista.

—Están ustedes despachados — les dijo el empresario—. ¿Comprenden? ¡Fuera de aquí, irlandeses de pacotilla!

Y les señaló la puerta... Elena, horrorizada, llorosa, sufriendo su corazón maternal mil angustias, abandonó la habitación. Pero Te-

Tenencio enfurecido, gritó a uno de los empresarios:

—¿A quién llama usted irlandeses de pacotilla?



El empresario y su socio, dos hombres brutales...

—¡A usted, so bruto! — exclamó uno de ellos.

—¡Bravo!

Le dió tal formidable puñetazo Tenencio al empresario del circo que lo derribó en tierra cuán redondo era. Luego, con sus puños,

lanzóse contra el otro director, ayudado por el arpista, hasta hacerle también morder el polvo.

Cuando vieron a los dos en el suelo, Tenencio, riendo, dijo:

—¿Les habrá pasado algo?

Y mirando el sombrero de copa de uno de los caídos que estaba abollado a consecuencia de la lucha, comentó:

—¡Ay, y el sombrero tan elegante que tenía!

Luego marcharon los dos, contentos de haber vengado el buen nombre de irlandés.

Al día siguiente, Elena, preocupadísima por lo ocurrido, y viéndose de nuevo sin ocupación, recibía la visita de su hijo Brian.

—Miss Van me ha mandado a casa. No me dijo cuándo volvería a recogerme — comentó el pobre muchacho con lágrimas en los ojos.

Elena comprendió la triste realidad. La maestra expulsaba a su hijo del colegio. ¡Pobre Brian!

¡Y era por ella, por la profesión que ella tenía! ¡Si el pobrecito hijo lo supiera!

Comieron en silencio... El niño comentó con triste expresión la extraña actitud de la

maestra. ¿Cuándo volvería a la escuela amada?

Más tarde llegó Terencio. Su amigo el arpista aguardó en el corredor esperando que la entrevista a solas de los dos "jóvenes" no se prolongara demasiado.

El pequeño había salido. Terencio explicó el resultado de la lucha con el empresario.

—¡Pobrecito empresario! — dijo riendo —. ¡Está en el hospital! ¡Le tumbé de un golpe!

—¿Por qué hizo eso?

—Le di sólo un golpecito, pero dice que no me necesita más.

Callaron los dos evocando las dolorosas escenas de aquel día. De pronto, el gigante le dijo sonriendo dulcemente:

—Elena Mc Hugh, eres la luz de mis ojos desde el día que te encontré en el camino de Queenstown!

Ella le sonrió...

—Regresemos, Elena. Volvamos a la vieja Irlanda, Brian, tú y yo. ¡Ahora estamos sin ocupación! ¡Esta tierra no es la nuestra!

Elena guardó silencio. Pero... ¿no había venido ella a este país para que su hijo obtuviera un porvenir espléndido?

—Nada puede mezclarse entre el hijo de Miguel y yo — contestó tristemente —. Por

¡vinimos a América y aquí nos quedaremos.

—Elena... yo... hubiera querido que marcharas.

—Perdóname, Terencio. Me duele causarte esta pena... pero no puedo irme.

El atleta fué a decir algo, a expresar tal vez aquel amor que le devoraba, pero era tan tímido... Estrechó la mano de Elena y se alejó tristemente.

En la escalera encontró a la señora Van Studdiford que le miró con cierta altivez. La maestra había tenido antes que soportar el saludo bastante burlón del arpista que se paseaba tranquilamente.

—¿Sabe usted lo que es consumirse interiormente con el fuego de un amor sin esperanza? — le dijo Terencio a la maestra, deseoso de burlarse de tan encopetada y seca dama.

—¿Qué me cuenta usted? — rugió la directora.

—Pues mire, es para hacer de un hombre un asesino. ¡Estoy medio loco!

Y sonriendo, se alejó acompañado del arpista.

La directora entró en la habitación de Elena que se sorprendió al ver allí a la maestra. Adi-

vinó una larga serie de penosas exp

—Síntese, señora — le dijo.

—Oiga usted — rugió la maestra



—Perdóname Terencio... Me duele causarte esta pena...

parece que fué correcto no advertirme que era usted un fenómeno de circo?

Elena guardó silencio.

—¡Perdóneme usted! — murmuró —. Para

que mi hijo pudiera ir a su colegio... nada dije

—Pues mire, debe usted comprender que no puedo tener a Brian a mi lado por más tiempo...

— mirándola fijamente agregó:

—...a menos que usted consienta en que yo lo adopte.

La directora profesaba al niño verdadera estimación, pero necesitaba conservar los prestigios immaculados de su colegio.

—No la entiendo... ¿qué quiere decir? — indicó la madre.

—Si usted renuncia al niño, a no verle nunca más, yo le educaré y le daré toda clase de oportunidades para hacerse hombre.

—¿Yo... deshacerme de mi niño? ¿Qué diría Brian? — rugió Elena.

—Le diremos que usted ha muerto...

—Una madre nunca abandona a su hijo... nunca... ¡Marche usted de aquí!

Abrió la puerta y le indicó la salida.

—Como usted quiera — dijo la directora —. Lo siento por su hijo. El hubiera sido feliz en el colegio.

Salió, mientras Elena mantenía la puerta abierta con furiosa indignación.

En el corredor, Brian, que regresaba a su casa, saludó a la maestra.

—¡Oh, miss Van! — dijo abrazándola—. ¿Puedo ir con usted?

Elena se acercó al niño. Vió con dolor el abrazo entre la maestra y el niño.

—¡No! — le dijo Miss Van —. ¡Tu mamá no quiere dejarte venir... no lo quiere!

—¿Y nunca... podré volver al colegio... nunca?

El pequeño se echó a llorar...

—Yo quiero ir con usted, Miss Van. ¡Por favor, mamá, déjame ir!

Y comenzó a acariciar a su madre como si le pareciera imposible que ésta se negase a lo que constituía la dicha de su hijo.

Elena lloraba. ¡No sabía qué hacer! Aquel niño que le suplicaba con insistencia... ¡Ay, el colegio... era su dicha... y la prenda de una educación, de un porvenir esplendoroso! En cambio, ella, pobre madre, ¿qué iba a poder darle sino la miseria?

La maestra comprendió lo que pasaba por el alma de Elena y dijo:

—¿Quiere usted que envíe por él esta noche?

Elena calló. ¡Separarse de su hijo... per-

... Sus ojos se llenaron de lágrimas: ¡... sí — murmuró — pueden pasar a verlo...

¡Oh, gracias, mamá... mamita!...

el pequeño la cubrió de besos.

Elena seguía llorando... ¡Quedarse sola, el niño, sin el hijo suyo!... Pero ¿qué portaba si Brian sería feliz? Ella de lejos miraría en el porvenir de aquel niño al que anunciaba por verle caminar por una senda próspera...

Y aquella misma noche, Elena preparó el equipaje de su hijo. Llegó una camarera con orden de recoger el niño. Adustamente hizo quitar del equipaje varios vestidos de Brian que Elena había conservado. Eran demasiado pobres. Ya cuidaría de todo la señora Van...

Elena pidió permiso para poner en el maletín la maceta de trébol, y la adusta camarera lo concedió.

—¡El trébol, Brian! ¿Te acuerdas cómo crecía en el viejo pozo? ¿Lo recordarás siempre, hijo mío?... ¿Te acordarás del trébol... y de tu madre que tanto te quiere? — le decía llorando.

—Sí, mamá, sí; ¡pero qué feliz me siento! ¡Volver al colegio! ¡Adiós, mamá!

La llenó de besos, de besos que eran los últimos para la pobre madre. ¡Hijito del alma, adiós!

En la escalera esperaba Miss Van Studifford que dió la mano al niño y marchó con él. Y la pobre Elena quedó solitaria en su hogar, llorando desesperadamente, sufriendo su soledad y su tristeza. Pero había renunciado a su hijito, para que su hijito pudiera hacerse un gran hombre.

Ocho días más tarde una nueva sirvienta trabajaba en la elegante mansión de los Cutting. Era Elena que había conseguido una colocación de fregatriz.

Se pasaba el día limpiando los suelos. Era la peor, la última. Las demás camareras se burlaban de ella.

El matrimonio Cutting tenía una niña, nacida tres meses antes.

La pequeña se pasaba el día llorando, tanto que tuvo que ser llamado el médico, quien, después de examinar a la niña, dijo:

—Es sólo mal genio, señor Cutting. Me atrevo a asegurar que no tiene enfermedad alguna.

Sus padres, el doctor y las camareras se alejaron de la habitación dejando a la chiquilla en su cuna.

Pero la nena no cesó de llorar, aumentando su llanto al verse sola.

Elena que limpiaba el mosaico de una habitación vecina con la melancolía de su triste situación y sin el hijo de su alma, escuchó la voz tierna de la niña y entró en la estancia donde la pequeña lloraba.

¡Ah, las ternuras de madre resucitaron en ella! Acarició la niña, la levantó de la cuna y procuró acallar su desconsuelo.

—¿No has de llorar, criatura? — dijo—. ¡Si te han puesto más ropa que a la reina de Inglaterra!

Y extendiendo en tierra las sábanas de la cama de los Cutting, colocó a la niña sobre ellas, quitándole los inmensos pañales que la envolvían, dejando al descubierto su cuerpecito blanco, sin otra tela que una camisita-pantalón.

La nena cesó de llorar ante las caricias de la buena mujer. Poco después entraba una camarera quien recriminó a Elena su proceder y quiso quitarle la criatura. Pero ésta pareció comprender el propósito, co-

cado voluntariamente para que se hiciese hombre, pero el amor de Edith hacía más llevadero el dolor.

Elena se acercó a Roberto y éste le dijo contemplándola con adoración:

—¿No es ya tiempo de que decidas casarte conmigo, Edith?

—Roberto, no me casaré con quien sólo busque diversiones, aunque ese hombre sea un Peyster — le contestó severamente.

Entró en la estancia otro joven a quien Edith saludó con visible y extremada cordialidad. ¡Oh, éste sí que era el elegido de su corazón!

Edith presentó mutuamente a Roberto y al recién venido que se saludaron con alguna frialdad. Después, Roberto abandonó la estancia.

La vieja Elena, que se hallaba preparando el te, sonrió ante las amistades de la niña.

Edith demostraba gran contento por la presencia del muchacho. Este se sentó ante el piano y tocó y cantó una dulce canción irlandesa "Mother".

Aquellos cantos llenaron de emoción a

la vieja Elena. ¡Una canción de su tierra! Contempló al joven con gran interés.

Luego el muchacho dijo a Edith, señalando el papel de música:



...se sentó ante el piano...

—Esta canción es la de "Mother Machree", así llamaba yo a mi madre en irlandés. Quiere decir: ¡Madre mía!

Y volvió a cantar con voz delicada:

"Oh, Dios te guarde y te bendiga, madre mía..."

La más intensa emoción se apoderó del

alma de Elena. ¡También su hijo le llamaba a ella "¡Mother Machree!"

¡Su hijo! Contempló a aquel guapo mo-



...dijo a Edith señalando el papel de música.

zo y sintió algo en la sangre como una voz de llamamiento.

Mientras tanto, Roberto se quejaba en una salita contigua a la señora Cutting:

—Su hija y ese joven se conocieron la semana pasada en casa del juez Deems y he oído decir que le hace el amor como un loco.

—Esto no puede ser, Roberto — dijo la señora Cutting, que deseaba el casamiento de su hija con un Peyster—. Verá usted como le desbanco.

Entraron en la estancia. Edith presentó a su joven amigo:

—Mamá, el señor es gran amigo del juez Deems. Es Brian Van Studdiford.

La vieja Elena casi fué a caer sobre el cochecito en que llevaba el te. Por dos veces pareció ir a desplomarse a tierra. Pero como estaba en el fondo de la estancia, nadie se dió cuenta de su inmensa nerviosidad.

Brian... Van... Studdiford... Entonces, ¡aquel muchacho, aquel joven, oh, sí; oh, sí! ¡Qué cosas hace Dios!... Aquel joven era su hijo... su Brian, el hijo perdido para ella, el hijo amado del que se separó para que adquiriese una posición en la vida...

Y el destino le ponía muy cerca de Edith, de la otra muchacha a quien ella había servido de madre.

La señora Cutting saludó al joven y luego dijo a su hija:

—Tienes un compromiso con Roberto, querida. Estoy segura de que el señor Van Studdiford te excusará.

Edith se resignó y le murmuró a Brian:

—Lo siento, pero no olvide que mañana temprano nos veremos.

La señora Cutting se despidió de Brian y le dijo con toda intención:

—Edith se casará con Roberto, ¿no lo sabe?

Luego ella, con su hija y Roberto, marchó de allí.

Brian quedó melancólico, apenado. ¡Pobres sueños forjados en su imaginación juvenil! ¡Edith se casaría con Roberto!

Fué a dejar la taza de té que había bebido poco antes y Elena la recogió mirando al joven con una devoción infinita. En sus ojos aparecieron lágrimas.

Brian contempló con extrañeza a aquella mujer.

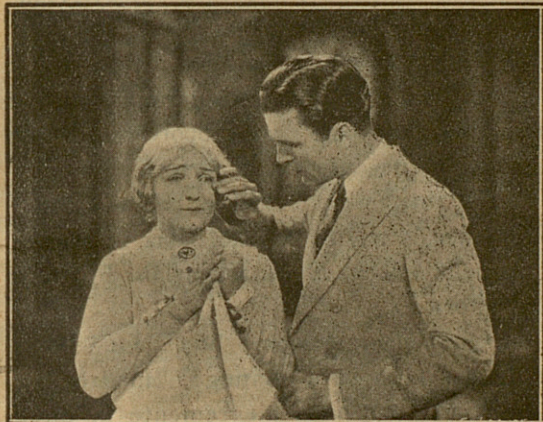
—Pero, ¿qué tiene usted? — le dijo—. ¿Lágrimas?

—Son lágrimas... de felicidad — contestó la triste madre.

—¿Qué le ocurre?

—Nada, nada; sólo quiero decirle que... no lo crea. Nada hay entre él y la señorita Edith. ¡Lo sé!

El joven experimentó una inmensa ale-



—Pero, ¿qué tiene usted? ¿Lágrimas?

gría y al propio tiempo un gran interés y reconocimiento hacia la mujer que le daba tan buena noticia.

Con uno de sus dedos enjugó cuidadosamente una lágrima de la vieja y exclamó con la jovialidad del amor:

—¡Vamos, no llore! ¡Qué buena mujer es usted!

Y se despidió de ella, contento de encontrar una aliada en aquel hogar. Elena le vió partir y lloró de nuevo. ¡Oh, el contacto de la piel de su hijo sobre sus ojos! ¡Aquella piel, aquella caricia!

Brian se dirigió a su casa. Vivía con la señora Studdiford, la antigua maestra que lo había adoptado y proporcionado medios para que cursara la carrera de abogado. La antigua maestra le había dicho a Brian que la madre de éste había muerto.

Aquella noche, al cenar, Brian dijo a su protectora:

—¡Qué feliz me siento hoy! ¡Qué admirable has sido para conmigo, "madre"!

—Brian — repuso alegremente la directora—, ¿por qué me has llamado madre? Nunca lo habías hecho antes.

—Quizás es porque he estado pensando en mi propia madre. ¡Es extraño, pero la siento tan cerca de mí esta noche!

Y cuando después de cenar el joven salió al balcón, extendió los brazos y dijo señalando un punto lejano de la ciudad:

—¡Madre, madre mía!

Nunca la había recordado tanto. ¡Si hubiera sabido que la había tenido tan cerca! ¿Por qué se sentía conmovido de aquel modo?

Y mientras tanto, allá, en la casa de Cutting, Elena alzaba los ojos al cielo.

—¡Miguel! — decía—. ¡Qué orgulloso estarías de tu hijo esta noche si pudieras verlo!

Había hablado con Edith haciéndole explicar quién era Brian. Cuando supo que tenía una carrera, que era un muchacho apreciable, sintió en su alma una inmensa alegría. El sacrificio de renunciar a él no había sido estéril. A su lado no hubiera podido aspirar a otra cosa que a ser un obrero; ahora era un hombre de gran porvenir.

Guardaría siempre su secreto, siempre. Y adoraría en silencio a su hijo, como si soñara...

*
**

El día de San Patricio nunca había amanecido más feliz para Elena. Sabía que su

hijo era todo un hombre y estaba dispuesta a favorecer el noviazgo entre el muchacho y Edith.

Para demostrar su contento puso en la placa del fonógrafo un disco titulado "La mañana del día de San Patricio" y bailó a sus sonoros acordes que evocaban las danzas de la vieja Irlanda.

Su baile fué interrumpido por el sonido del timbre. Creyendo que era su hijo, corrió a abrir alegremente. Al ver a Roberto le miró con dureza.

—¡Ah! ¿Es usted? — le dijo.

—Diga a Edith que la espero — contestó Roberto.

—Bien, aguarde usted ahí — le dijo, malévola.

Y lo llevó a una glorieta donde lo encerró con llave. Ella no quería que Edith hablase con aquel tonto, en perjuicio de Brian.

Poco después llegaba Brian y Edith iba a su encuentro. ¡Eran tan felices los dos muchachos! ¡Se querían tanto!

Elena volvió a ver con emoción a su hijo. Brian, que sentía también gran simpatía por el ama desde que ella le protegía, le dijo:

—¿Me la confía usted a mí, señora?...

—¡A usted sí! — respondió la madre.

Y vió alegremente como salían los dos jóvenes del brazo como dos enamorados. ¡Oh, si lograba casarlos! ¡Qué felicidad!

Salió a una ventana a despedir a los jóvenes que subieron a un autobús desde cuyo imperial correspondieron al entusiasmo de Elena. ¡Qué buena era la dulce mujer!

La presencia de Elena fué observada por un sargento de policía que estaba hablando con un elegante caballero que había descendido poco antes de un automóvil. El sargento era el antiguo atleta Terencio; el paisano... el arpista Wexford que ahora ocupaba nada menos que el cargo de concejal de la ciudad. Había tenido suerte...

Los dos miraron a la vieja Elena, y el arpista comentó:

—Tú todavía queriendo a Elena Mc Hugh. ¡Tantos años aguardando!

—¿Qué quieres? ¡Sí, yo sí... yo siempre la querré! — contestó el sargento.

Sin verse casi nunca, Terencio había ido siguiendo con honda devoción aquel primer amor platónico... Pero no se atrevió jamás a declararle su cariño.

Elena volvió a meterse en la casa y fué a la

glorieta, donde Roberto forcejeaba furiosamente:

—¡Alguien me ha encerrado aquí! — gritó el desairado mozo.

Elena le abrió excusándose. Ignoraba **quién** pudo ser el atrevido.

—¿Y Edith, dónde está? — preguntó el galán.

—¡Oh, seguro que habrá salido hace ya varias horas!

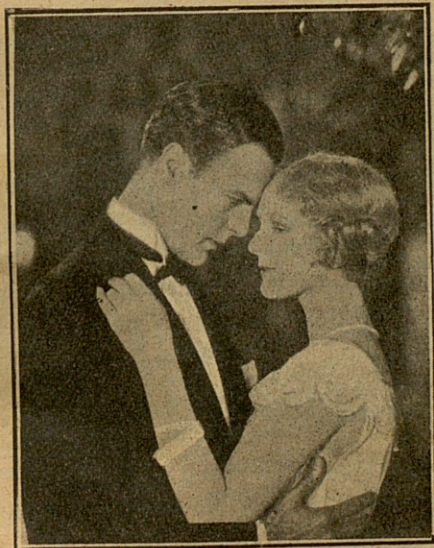
Aquella noche de abril hizo historia. Se daba un gran baile en casa de los Cutting.

Los salones estaban llenos... En una sala aguardaban Roberto y Brian a que apareciese la mujer que ambos pretendían.

Esta no tardó en aparecer acompañada de su madre. Roberto quiso adelantarse a su rival, pero Edith fué la que decidió la cuestión colgándose del brazo de Brian y dirigiéndose a bailar con él. Llevaba, además, en el pecho las flores que el joven le había regalado según Elena, pero cuyo donante no había sido otro que Roberto.

Roberto tuvo que resignarse a permanecer con la señora Cutting, mientras Elena, que había presenciado la escenita, lloraba y reía de felicidad.

Edith y Brian bailaron... Después se retiraron a un saloncito... y el joven declaró su pasión a la muchacha... Se besaron mucho... ¡Se amaban! ¡Eran ya novios!



...¡Se amaban! ¡Eran ya novios!

Iban a salir al jardín, cuando apareció Roberto que, rabioso de celos, invitó a Edith a bailar. Esta no pudo negarse y fué a danzar con él.

Entretanto, Brian contaba a la vieja Elena lo sucedido.

—...y estamos prometidos para casarnos.

—¿Es verdad, es verdad? ¡Qué felicidad, Dios mío!

Y la vieja tenía que reprimirse para no estrechar entre sus brazos a Brian.

Este decía conmovido por la solicitud de la anciana:

—El Juez Deems me ha prometido mi ascenso, lo que me ayudará con la señora Cutting. Y después, ya casados, viviremos felices, usted, Edith y yo. ¡Porque usted vendrá a vivir con nosotros! ¡Ha sido tan buena para los dos!

Brian se despidió de Elena para reunirse con Edith que había terminado su baile con Roberto.

De pronto se escucharon grandes gritos en la calle. Los vendedores de periódicos pregona-
ban la sensacional noticia de la guerra.

Todos adquirieron los diarios comentando el acontecimiento. Empezaban a escucharse músicas, himnos... En las calles cundía el entusiasmo bélico.

Los jóvenes se asomaron al balcón.

Elena temblaba emocionada. ¡La guerra! ¡Es

decir, la muerte, el dolor para tantos hogares! Y pensaba sin querer en su hijo...

La señora Cutting se le acercó y le dijo:

—Debemos dar gracias, Elena, de que tú y yo no tenemos hijos que vayan a la guerra.



—Y después, ya casados, viviremos felices, usted, Edith y yo...

—Sí... señora... sí — decía Elena, casi llorando.

Entretanto en las calles, grupos de soldados de la oficina de reclutamiento con grandes proyectores buscaban hombres para la guerra.

Un reflector iluminó el grupo de jóvenes invitados a la casa de Cutting y los reclutados les invitaron a inscribirse:

—¿No han oído que estamos en guerra? ¡Quítese esas chaquetas, demonio, y pónganse un uniforme!

No se hicieron repetir la orden. Brian fué quien saltó primero a la calle, seguido de todos los demás... Y fueron a engrosar el grupo de voluntarios. En todas las almas vibraba el patriotismo.

Edith quedó llorando la ausencia del amado... También la vieja Elena sufría...

El sargento Terencio al ver desde la calle a Brian, corrió hacia él poniéndose a su lado.

—¿También va usted a la guerra, sargento? — le preguntó Brian.

—¡Seguro! Durante diez y ocho años no te he quitado los ojos de encima y ahora no voy a perderte — contestó, riendo.

¡Sabía quien era Brian... y le quería tanto!

Y todos siguieron su camino entre canciones patrióticas. El antiguo arpista formaba también parte del grupo.

Al día siguiente, eran ya todos soldados... Una semana más tarde partirían para la gran conflagración.

Llegó el día de la marcha.

Iban en el mismo camión Brian, Terencio y el arpista. Ignoraba el joven que estos compañeros le conocían de pequeño.

Brian se detuvo ante la casa de Edith, rogando a sus camaradas que le aguardasen unos momentos. Iba a despedirse de su novia.

Terencio ordenó al arpista que arreglase entretanto el motor, mientras esperaban que volviera Brian.

Brian había entrado en el salón donde estaban la señora Cutting, Elena, Edith y la señora Van Studdiford.

Edith estaba desolada. Su madre había cedido finalmente a que su hija se prometiese con Brian, viendo en éste un joven de dotes aprovechadas. La presencia allí de la señora Van Studdiford significaba la total armonía entre las familias de los novios.

Elena lloraba interiormente, desconsoladamente... ¡Su pobre hijo! ¡Cuándo iba a ser tan feliz, marchaba voluntario!

La señora Van Studdiford había reconocido a Elena y, viendo su dolorosa turbación, acarició levemente su mano. ¡Pobre madre! ¡Ah! ¿Por qué la obligó ella a separarse de su hijo? ¡Qué cruel había sido!

Brian se despidió de su novia, después de abrazarla largamente. Luego dijo a Elena en quien tanto confiaba:

—¡Cuidemela mucho! ¡Y ahora, adiós!... La estrechó la mano con verdadera devo-



...se despidió de su novia...

ción. La pobre vieja, a quien la sociedad le negaba el derecho de estrechar a su hijo antes de partir, tal vez hacia la muerte, se encaminó lentamente hacia el balcón.

El joven se despidió de la señora Cutting y de su madre adoptiva. Y ésta, viendo el

inmenso dolor que embargaba el ánimo de la verdadera madre, se conmovió y dijo a Brian:

—He de decirte una cosa... muy grande... hijo mío. Vas a marchar hacia la guerra y debes saberlo. He de decirte que...

Y le murmuró algo al oído, y luego señaló a la vieja.

—Pero... ¿ella... mi... madre? — exclamó el joven, loco de emoción.

Y corrió al balcón y estrechando en sus brazos a la pobre Elena, le murmuró llenándola de besos:

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¡Madre mía! ¡Lo sé todo! ¡Madre mía!

—¡Brian... Brian... hijito!... — dijo Elena sin poder contenerse.

Se confundieron en un largo beso, mientras la señora Van Studdiford con lágrimas en los ojos explicaba a Edith y a su madre toda la verdad.

Y entretanto, abajo, se impacientaban Terencio y el arpista. Este había tenido tiempo de limpiar el motor más de ocho veces. ¿Qué demonio hacía Brian?

Finalmente, éste bajó. Dió un beso a su novia y subió al camión. Apareció Elena y el

joven volvió a estrecharla, enloquecido de alegría, entre sus brazos.

Elena, al ver a Terencio vestido de soldado, se sorprendió enormemente:

—¿Tú... Terencio O'Down... también vas a la guerra?

—¡Por qué no! — respondió el antiguo atleta.

—¿Estarás siempre junto a Brian? Prométeme velar por él — rogó la madre.

Y mientras el joven Brian daba otro beso a su novia, Elena y el antiguo amigo hablaban.

—Elena querida — decía Terencio —, recuerda lo que te digo: todos los latidos de mi corazón han sido tuyos desde que te vi en el camino de Queenstown.

Elena respondió conmovida:

—¡Que Dios te guarde, Terencio! ¡Aquí quedaré esperando a mi Brian... y a ti!...

Por fin arrancó el camión. Brian dió aún otro beso a su madre ...y el *auto* partió veloz hacia el puerto.

*
**

Pasaron los meses de la guerra y volvió la paz. Y con la paz, el regreso al hogar.

A la casa de los Cutting llegaron un día Terencio y Brian. Este abrazó largamente a su madre...

Terencio se impacientaba haciendo señales al joven de que se alejase y fuese a ver a Edith, que esperaba nerviosa, pues él tenía algo que decirle a su mamá.

Por fin Brian fué a reunirse con Edith en una salita contigua para expresarle de nuevo su cariño, y Terencio pudo quedar a solas con Elena.

Y las dos parejas, procurando ocultarse una de la otra, se besaron, proclamando el imperio del amor. Terencio conseguía, al fin, el cariño de Elena, y Brian el de su Edith.

Y algunos meses después, unidos en matrimonio, marchaban a ver la lejana patria querida.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La gran novela

LAS ETERNAS PASIONES

por POLA NEGRI y CLIVE BROOK



Encargue desde ahora mismo a su librero

El Rey de Reyes

que está a punto de editar las selectas Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA



Sea usted coleccionista de la

BIBLIOTECA «NUESTRO CORAZÓN»

Acaba de aparecer

ALAS ROTAS

Novela original de Andrés Bayón Belío

